



Salvador Elizondo.

cación del mismo principio ...o del mismo azar. Leonardo, Poe, Baudelaire, Mallarmé, Valéry y Joyce son sus ídolos tutelares inamovibles, además de un sinnúmero de transitorios, generalmente beisbolistas, toreros, cantantes de ópera.

Es conversador autócrata pero ameno, como si deseara todo el tiempo que el arte de la conversación todavía existiera. Aunque tiene aplomo en el estrado y en la cátedra, es absolutamente impráctico en las cosas de la vida cotidiana. Incapaz de cambiar o depositar un cheque, se hace bolas en el banco automático. Aunque es muy perezoso, es enfremizamente puntual y muy cumplido.

Esta no es sino una forma de entender a Salvador. Hay muchas. Su personalidad cambia según desde donde se le vea. En términos generales, yo diría que estar con él es enfrentarse a un crítico riguroso y severo, que exige ante todo pensamiento e ideas; en todo es así. No es fácil ser su mujer; es sumamente difícil, pero es una aventura fascinante que yo no cambiaría por nada.

## Teresa Escobar Rohde

*Rosa del Carmen Martínez A.*

A finales de 1992 murió la doctora Teresa E. Rohde, eminente especialista en historia antigua e historia de las religiones, cuyo deceso dejó un vacío difícil de colmar, ya que los profesores como ella no llegan todos los días a las aulas.

Dueña de una inteligencia privilegiada, desde muy temprano puesta al servicio de la historia, la doctora Rohde realizó sus estudios de licenciatura y maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y recibió los títulos correspondientes con la distinción *cum laude*.

Don Wenceslao Roces y don Pedro Bosch-Gimpera, sabios maestros y amigos por los que siempre guardaría profundo respeto y admiración, resultaron definitivos para su orientación metodológica y su interés por la Antigüedad, en esos primeros tiempos de su formación como historiadora.

A partir de 1959, gracias a una beca de la OEA, se trasladó a los Estados Unidos de Norteamérica donde inició el doctorado en Estudios semitas en la Divinity School de la Universidad de Harvard. Al regresar a México, la doctora Rohde empezó su labor docente en la Facultad de Filosofía de Xalapa. A dicha institución se sumarían otras más como



Teresa Escobar Rohde.

El Colegio de México, la Facultad de Altos Estudios de la Universidad de Michoacán, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional de Bellas Artes, y la propia Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, a partir de 1963.

Ya en esta última, que sería el escenario principal de su desempeño académico por cerca de treinta años, la doctora Rohde impartió los cursos de Mito y religión grecorromanos, Protohistoria y Antiguo Oriente, así como el Curso monográfico de historia comparada de las religiones, creado por ella.

Sin abandonar nunca su interés por la investigación, Teresa E. Rohde plasmó algunos de sus trabajos como prologuista en la colección "Sepan cuantos..." de la editorial Porrúa, para títulos como *Las mil y una noches*, el *Ramayana* y *La India literaria*. Destacan también sus libros *Tiempo sagrado*, que ya va en su segunda impresión, y *Pulabrus de papiro y piedra*, de próxima aparición.

En el momento de su deceso, la doctora Rohde se encontraba preparando una obra de conjunto sobre las religiones preliterarias, y dos más que servirían como libros de texto para los cursos de religiones comparadas y de Mito y religión de Grecia y Roma.

Dentro del terreno de la difusión, escribió innumerables artículos tanto en revistas especializadas como en publicaciones de divulgación general, entre otras: *Casa del tiempo*, revista de la Universidad Autónoma Metropolitana; los *Cuadernos de estudios orientales*, de El Colegio de México; el *Anuario* del Colegio de Historia de nuestra propia Facultad; *Siete*, revista publicada por la colección SepSetentas; una columna semanal llamada "Arqueonoticias" en el periódico *El Día*, etcétera.

Las conferencias que dictó se cuentan también en varias decenas, así como su participación en congresos, mesas redondas, coloquios, etcétera, y mencionar siquiera las más importantes sería demasiado largo para este reducido espacio.

La doctora Teresa E. Rohde también formó parte de diferentes comisiones académicas para elaborar planes de estudio en el Colegio de Letras Clásicas y en el Sistema de Universidad Abierta, así como en una comisión para la creación de la maestría en Historia de la Antigüedad, uno de los proyectos más ambiciosos de la doctora Rohde, que desafortunadamente no pudo ver realizado.

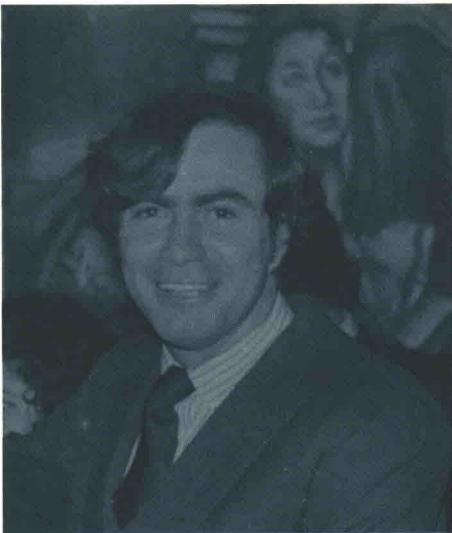
Sería injusto omitir que su actividad rebasó el ámbito académico pues, como heredera que fue de una sólida vena artística, durante muchos años hizo el doblaje de algunas películas infantiles de Walt Disney, prestando su espléndida voz para los roles estelares de *Alicia en el país de las maravillas*, *Peter Pan*, *La dama y el vagabundo*, entre otras, y grabó también dieciocho discos con cuentos del famoso productor. Y más todavía: con el nombre artístico de "Coralito", cantó durante muchos años tanto música virreinal mexicana como romances y baladas

del medioevo, ofreciendo recitales en diferentes escenarios de México y del extranjero.

Mas, por encima de todo este impresionante despliegue de actividades, hay que exaltar sus dotes excepcionales para la docencia, gracias a las cuales resultó ser una maestra fuera de serie.

Quien asistía a sus clases quedaba como hechizado por esa magia que ella sabía crear con sus ademanes, sus gestos, las modulaciones de su voz –producto todo de su bagaje artístico– y, por otra parte, por el contenido erudito de su exposición, siempre precisa, siempre pronta a la anécdota chusca, a la composición esclarecedora, resultado, esto último, de su sólida formación académica.

Teresa E. Rohde, como verdadera artista de la cátedra, contará por siempre con el aplauso agradecido de sus alumnos.



## Javier Esquivel

*Álvaro Rodríguez Tirado*

Ofrecer una semblanza de Javier Esquivel, aunque sólo sea en unas cuantas líneas, me obliga a hacerlo desde la perspectiva múltiple en la que, por fortuna, tuve el enorme privilegio de interactuar con él: puedo, así, referirme a Javier el amigo, el maestro, el alumno y, sobre todas las cosas, el “colega” Esquivel.

Conocí a Javier Esquivel en el año 1973. Regresaba él de su viaje de estudios en Inglaterra y Alemania, y se incorporaba al Seminario de filosofía del derecho, que a la sazón dirigía el maestro Rafael Preciado Hernández. Bajo la batuta de Agustín Pérez Carrillo y del propio Esquivel, un grupo de desconcertados alumnos nos proponíamos desentrañar los misterios de la teoría pura del derecho.

Mi primera impresión de Esquivel fue inolvidable: noté que su texto de Kelsen, a diferencia del nuestro, era la versión original del alemán. Con el delicioso timbre de su voz que lo acompañó toda su vida, nos dijo: “A ver, colegas, vamos a repartirnos el material de trabajo. ¿Quién quiere exponer el prólogo del libro?”. Me ofrecí a hacerlo para nuestra próxima reunión, sin tener la más mínima idea del terreno que estaba pisando.

Cuando yo expuse, es decir, cuando repetí lo dicho por Kelsen en el primer párrafo de su prólogo a la *Teoría general del Estado*, Javier Esqui-